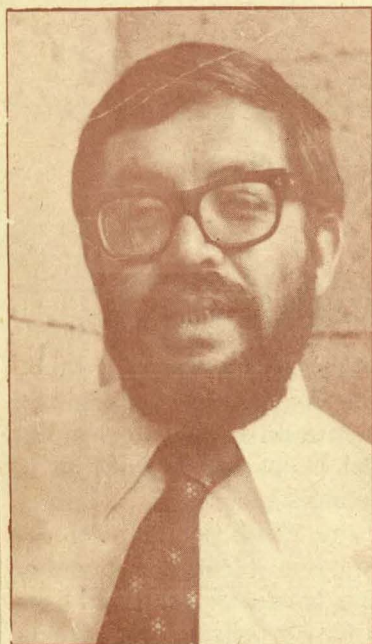


García Márquez

3-Nov-1982

Ese Trabajador

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Por encima de pequeños y grandes rencores, Gabriel García Márquez era ya, antes del Premio Nobel, el mayor de los escritores de nuestra América. Lo era por muchas razones, algunas que tienen que ver con la forma y otras que conciernen al fondo. De los más citados como posibles competidores suyos, el que más hondamente ha vivido sus realidades es él, el que menos ha rehuido el encuentro con los rostros horribles de estas tierras es él, el que ha abrevado mayor humanidad de sus semejantes es él. No resulta extraño, así, que se haya cargado su conciencia de la vitalidad vertida en sus cuentos, en sus novelas, en su trabajo periodístico.

Entre las muchas virtudes que le permitieron llegar a ser ese gran escritor que ha sido hace mucho tiempo, la de la laboriosidad es preciso destacarla. Es

conveniente hacerlo llamando la atención sobre ella a los jóvenes que comienzan. A ellos es preciso decirles que se vean en el espejo de García Márquez. Pero no del escritor exitoso cuyos libros se venden a millones, sino en el afanoso trabajador de las letras que García Márquez ha sido desde que a fines de 1947, cuando tenía menos de veinte años, empezó a publicar cuentos en *El Espectador*.

Era un mal estudiante de Derecho en Bogotá. Descuidaba, en buena hora, el estudio de los códigos. Si otro hubiera sido su camino acaso los tribunales bogotanos ganaran un litigante de alcurnia pero las letras universales hubieran perdido uno de sus árboles más frondosos. Pero la molición de García Márquez atañía, únicamente y exclusivamente, a la jurisprudencia. Frustrada su carrera en la capital, y en Cartagena, él se empeñaba en la lectura y la escritura. Confesó a Plinio Apuleyo Mendoza (en la sabrosa, larga, aleccionadora conversación sostenida por ambos y publicada bajo el título *El olor de la guayaba* que comenzó a escribir “por casualidad, quizá sólo para demostrarle a un amigo que mi generación era capaz de producir escritores”). Pero eso es, y García Márquez lo admitiría así se le presionara un poco nada más una enorme mentira. Escribió porque no le quedaba más remedio que hacer salir los mundos que imaginaba incesantemente. De lo contrario, hubiera muerto ahogado, la angustia narrativa queriéndole brotar a borbotones.

García Márquez hacía literatura y periodismo, como ahora, en sus comienzos hace más de treinta años. Lo descubrió Eduardo Zalamea, llamado con acierto “gran catador y gran mecenas de las bellas letras” por Alfonso Fuenmayor. Publicó sus primeros cuentos, en 1947 en el suplemento literario de *El Espectador*. Luego, en Cartagena, empezó a hacer diarismo. Escribía notas y seleccionaba material para *El Universal*, el recién fundado periódico en que hizo sus primeros pasos de periodista, en 1948. Quizá a esa época, quizá a la inmediatamente posterior de Barranquilla, se refiere cuando se describe recordando que “después de que terminaba mi trabajo en el periódico, era capaz de escribir cuatro, cinco, hasta diez páginas de un libro. alguna vez, de una sola sentada, escribí un cuento”.

Ni enfermo descansaba ese García Márquez veinteañero. Consta por testimonio de Germán Vargas (recogido, corregido y amplificado por Jacques Gilard), que entre fines de marzo y comienzos de mayo de 1949 leyó por lo menos a Faulkner, a Virginia Woolf, a John Dos Passos, a Hemingway, a John Steinbeck, a Erskine Caldwell, a Aldous Huxley, cuyos libros le fueron remitidos a Sucre donde en casa de sus padres

había ido a refugiarse por razones de salud.

Ya instalado en Barranquilla, en 1950 comienza la publicación de una columna de humor en *El Heraldito*. Se titula “La Jirafa”, y llegará a componer más de cuatrocientas de ellas. Además, seleccionaba los cables para su publicación y desempeñaba otras tareas en la mesa de redacción, como titular notas y corregir estilo. Al mismo tiempo, seguía escribiendo cuentos y hacía junio de ese año inicia la escritura de *La hojarasca*, que se convertirá en su primera novela. Pero no se crea, en este insiste recontar su laboriosidad, que se trataba de un muchacho ceñudo y adusto (aunque nadie que lo conozca ahora se lo imaginaría así por cierto), sino que también le daba vuelo a la hilacha, ya que vivía dice Gilard, en medio “del bullicio —intelectual, festivo, alcohólico y prostibulario, muy serio en el fondo pero sin trascendentalismo— de la vida colectiva del grupo”. Este grupo era el de los muy buenos amigos que hizo García Márquez en Barranquilla, como habría de hacerlos donde quiera que fue. Ese grupo estaba formado, dice Mendoza, por “juerguistas desahogados, mordidos por la literatura”, y hoy es “estudiado seriamente en universidades de Europa y de los Estados Unidos por especialistas en literatura latinoamericana”.

Como se sabe, un escritor que quiere ser leído no sólo debe escribir, sino también encontrar quien publique el resultado de su trabajo. Si bien García Márquez tuvo rápido y en apariencia fácil acceso a los diarios, en las tres ciudades colombianas donde quiso hacerlo, otra cosa fue hallar editor para sus novelas. Él mismo cuenta que se pasó cinco años antes de encontrarle salida a la primera: “La mandé a Editorial Losada en Argentina y me la devolvieron con una carta del crítico español Guillermo de la Torre, en la que me aconsejaba dedicarme a otra cosa. “Y no ocurría eso sólo al empezar, lo que resulta más comprensible. Cuando quiso publicar en francés *El coronel no tiene quien le escriba*, Roger Callois hizo un juicio para Gallimard en que rechazaba el libro de plano.

“Aquel primer libro (*La Hojarasca*) lo escribió de un jalón —cuenta Mendoza— con un silencioso frenesí, trabajando noche tras noche en la desierta redacción de *El Heraldito* de Barranquilla, a la hora en que callaban los linotipos y en la planta baja se oía el quejumbroso jaderar de una rotativa. Sobre los escritorios giraban, inútiles para apaciguar el calor, las aspas de los ventiladores. Era muy tarde, casi el amanecer, cuando se levantaba de la máquina de escribir, agotado pero todavía sin sueño y con personajes y recuerdos de Macondo girando en su cabeza”.

Cuando García Márquez volvió a Bogotá, se hizo miembro de la planta de *El Espectador*, donde escribió algunos de las magistrales *Crónicas y reportajes* que en buena hora recogió La oveja Negra, que lo mismo ha hecho con *Cuando era feliz e indocumentado*. Corresponsal en París, colocado en la miseria porque el dictador Rojas Pinilla cerró el diario liberal como cumple hacerlo a todo dictador que merezca ese título, se echó después a viajar por el mundo. Reportero de revistas, corresponsal de agencias y de diarios, llegó a México al comienzo de los sesentas. Aquí escribió, en dos años *Cien años de soledad*, pero había estado quince o diecisiete pensando el libro.

Naturalmente, el Premio Nobel, la celebridad, el reconocimiento y la gratitud que han caído sobre García Márquez desde hace década y media no sólo han resultado de sus empeños. Las norias estaban llenas de mulas dando vueltas que eran ejemplo de perseverancia y nunca de ellas salió creación alguna. Sin genio no hay faena que valga. Pero al revés también es cierto. La chispa vital que sea capaz de alumbrar a los mortales requiere el paciente frotamiento del pedernal y la yesca, para brotar.

Esa, entre muchas, es una lección que sin quererlo, porque nada más lejos de su ánimo que el erigirse en profesor, ha dado Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura, del año en que Alfonso García Robles ganó el de la Paz.